





# EL SOFÁ DE CLAIRE



Xoel Prado-Antúnez

# EL SOFÁ DE CLAIRE



Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Xoel Prado-Antúnez

ISBN: 978-84-18544-86-6

ISBN digital: 978-84-18544-87-3

Depósito legal: M-31663-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

EDITADO CON LA  
COLABORACIÓN DE



*A las mujeres, los libros, la música, la libertad:  
a la luna que sucede crepúsculo de costado*





Combatiendo con sus recuerdos.  
Al estruendo de la mañana.  
Hoy.  
Se les recordará.  
Compartiendo un camino indefinido.  
¡Como una apisonadora!  
Ahí van, ahí siguen.  
Ahí se abrazan sin tocarse.  
MASTODONTE  
*Bilbao*

Al servir a la Diosa Madre,  
sentirás el goce de la libertad.  
APULEYO  
*Metamorfosis*

Me iré así de repente, de la fiesta sin avisar.  
De pronto, estaré ausente, y será mi despedida.  
Eterno adolescente, con síndrome de Peter Pan.  
AMARO FERREIRO

Hazte como un niño. ¡Hazte sordo y ciego!  
Tu propio yo ha de ser nonada. ¡Atraviesa todo ser y toda nada!  
Abandona el lugar, abandona el tiempo. ¡Y también la imagen! Si  
vas sin camino por la senda estrecha,  
alcanzarás la huella del desierto.  
El fruto de la nada.  
MAESTRO ECKHART

He pasado la noche en los sueños de otro.  
He saltado sin red y he vencido al demonio.  
Él no sabe llorar como lloran los hombres.  
Él no puede mandar sobre los corazones.

FERMÍN BOUZÁ

Advertencia al lector: No crea quien leyere que todo lo aquí  
relatado en algún punto pudiera tener visos de realidad, aunque  
siempre sí de verdad.

# I

Que ¿cómo empezó la pandemia, güey?  
Os conduciré extenuado enterrerreglonadur-  
ras a invocar brutales falsedades postradas  
ante una verdad en su refilón: el dolor  
auto infringido (entre soto y pajares) no  
evita el insomnio. La muerte inmediata  
por delante, la lenta por detrás, se confir-  
mará en el orín del fallecido.

—Aguado, sabe aguado.

—Malo, malo, y el queso no enmascara el sabor herético.

—No me gusta el queso.

Ante un cuerpo maduro y yerto, el deleite, *cave canem*, como ante un queso de bola en papel de celofán envuelto. Me distrae. El viento al queso, le arrebató su rojo papel de celofán y la bola de leche y cuajo corita permanece en la vida como se mostró, blanda y amarga. Me repele. No es mío el recuerdo, ¿o sí?, ¿o no? El viento sí: incon-

mensurable ciclón que amaestra al furor a un huracán que converge de un ciego tifón que se condensa en un arrebatador vendaval que diluyó el exuberante resplandor de la hierba, fanático temporal de perversa inclemencia, tempestad superlativa que revela que en la senda estrecha, la violenta ventolera nos extirpó del mundo, me extrajo la piel donde se localiza la mancha de nicotina en el callo, la que provocó el tiempo de aguantar el cigarrillo en las largas veladas de sexo y traición en hoteles donde la reyerta dialéctica susurraba palabras más altas que otras en una deshilvanada discusión de amantes despechados que sudan entre los olivos o aquel tiro de gracia que repiqueteó en una noche de seres noqueados por las argucias con que les asestaron al transitar un cielo borrado y cruzado con subrayados de vapor de bombardeos que impelen a aporrear con sonidos estridentes que serpenteen sobre la crisálida de una mariposa que se agujereó de esplendor con la dentera de un sacerdote que agotará sus días de buen endriago sodomizando en las misas de doce al cantarlas desnudo de cuerpo y de alma y de latines, con la voz vómica al imitar la voz de Dios cómica o extirparla de sus cuerdas vocales de profundis, así surgiera del cuchillo al rozar una botella, del tenedor arañando la piel suave de un bebé, las uñas griegas sobre una pizarra romana, o el sonido de una radial cortando un alud de luz retenido desde el origen del mundo en las entrañas de una madre novata y las calles se colman en susurros con las habladurías que no se agotan si nunca finaliza el introito de este mimo decorativo que se revistió en un mar de dudas o de deudas cuando un seductor presuntuoso se dibujó la barba de dos días así, a base de apañárselas ante el espejo con un carboncillo y a estas alturas de forma inopinada con el grano de un adolescente repleto de pus se topó, y de vejez repleto, baña prepucios en su salazón, así los creará Dios y no evitará que se produzca la misofonía o que alguien orine sobre la cicatriz en su zona occipital derecha y desborde al alma de hipoacusia: todo sucedió por el aire y retornó con el viento, como la pobre María solita, la pobre María Soliña, pura insuficiencia rectal.

¡De acuerdo! ¡Detente! ¡Diantre! No disecciones metáforas de un caminante en Nueva York ¡Acabáramos! A vivir entre rejas, tras las rijas, tras las rajadas rojas, así rajas como mastodonte indómito.

—Nunca, nunca arribaremos al lugar señalado en el mapa.

—Tantas cruces en esta ruta para tarados.

—Si cruzas al fin del mundo, careceremos de lugares de los que escapar. Aun el sol no amaneciera y ya auguráramos la vuelta a casa.

—Al extrarradio, con la decidida determinación de los adolescentes que ejercen de líderes fundamentalistas, deprisa.

—No me pidas que arregle la maleta.

—Todo funciona de manera automática.

—A precio de saldo.

—A precio de caldo.

—¡Desperdiciado!

Todos enquistados al silencio sepulcral de corpúsculos insinceros. En nuestra faz conmemorábamos el indigente instante en que advendría *ad eternum* pero *a divinis*, la figurada efigie del padre, patrón de esquina, quien de hierro habla, adivina, con hierro se despabila, adivinanza, un heideggariano auténtico aherrojado en la cocina *ab initio*, que dormitó en un baúl o sobre los arabescos barrocos de los azulejos en el suelo, en un irritante escorzo imposible. Desplomada la figura concluida del padre desquiciado. ¡Muerta! El impaciente displicente incomparable junto a mí, dos entidades vomitadas, bucólicos versos de un poeta divino. Todo por decir. *A verbis ad verbera*.

—Y no se mueve ni se expande, no siente ni padece.

—Y eso que heredaba del amo del firmamento.

—Un compendio de física cuántica.

—Cuando la bomba oculta explote, derribará su firmamento polvoriento.

Muerto el padre (¿se acabó la labia?) aguardé a responder, de manera ponderada y con prontitud de prosodia ojerosa en la ma-

drugada de fabriles muchachos borrachos imitando al mono de la botella de anís, la previsible pregunta insoportable, ¿quién lo mató? (y acabó con su rabia), ¿quién fue el asesino inmisericorde, misterioso, tan loco así el de la foto, que desatendió a la sopa bullir ni cruda ni cocida y con la percepción presta al razonable tobogán espiral, sobre el que navegó, a grandes zancadas de danzante logroñés, a cumplir con su misericordiosa misión de judas insumiso? Así lo declaró el escrito de los padres originarios. Alá lo lamíó. Inevitable. Es un oráculo de profetas protesta. ¡Adelante! Cantó el coro en corcheas a troche y moche, en descontrol.

—¿Espadas en los labios?

¿La figura muerta o el padre muerto? La figura, claro, en un retrato ovalado olvidado en un cajón de la cómoda incómoda en un cuarto desastroso. Claudicó al tiempo, con el tiempo, a pesar del formol. *Ad astra*. El padre no, no, no, hombre, que nunca ofició. Desertó al enterarse por vía vocal que se le declaraba padre misericorde. Se fugó en la brevedad de un eclipse, al interior del eclipse mismo. Prefirió bautizar a su barco «Libertad».

—Siempre ha de haber alguien, sin dudar, al que llamar papá.

—¿Se trata de la letra de la canción que está de más?

—Frente a nosotros, si fuera posible, no contra nosotros, al menos.

—Tengo ampollas en los ojos de tanto oír sobre otrora.

Nadie me escucha en esta expansión infinita sin tiempo, *amici, diem perdidí*, y, claro, sin distancia, ¿la del fin del mundo? No lo dudo. Duda encarnizada: ¿por qué demonios siempre hemos/debemos de asesinarla sin remedio, sin dilación? Por ese afán de superación que poseyó el hijo y que demostró de manera continuada ante todo aquel que se lo exigió, maldito Freud. De la vida, cada advertencia, un consejo psicoanalítico sin importancia. Todo el mundo lo demanda, a cada paso o tumbado en el sofá, en el de Claire. Ante todos del buen jurado, ante el bien amado, ante un tribunal romano de un circo para declararte inmune a todo renuncio, y a la bien querida. Huyó. Renuncio. Denuncio. *Bene curris, sex extra vium*.

Un padre ahído de sí, en su desolada pared, una cualquiera de una ciudad indeterminada, escribió: «el día más feliz de mi vida será cuando mis hijos me sobrepasen y me espeten “ahí te quedas papito”». Lo pronuncié y la desconstruí de manera irremediable, conveniente, convincente, en expreso cariño infinito. Con mucho cariño, repetí, y me empapo, con proporción equitativa, en lo que anunciaba aquel profético mensaje en una pared desconchada de una ciudad que se deforma insoportable, de ambigua, bajo el peso posesivo de la envidia y el odio al acérrimo enemigo, siempre familiar. Ni me escuché a mí mismo al repetirlo. Nadie me escucha. Nadie. «El día más feliz de mi vida, cuando al mundo renuncié».

*Errare malo cum Platone.*

«Ha llegado a su destino».

—Nada es seguro.

—Ya no te quiero, papá, y no suena triste expresarlo sanguinario en esta cocina amplia e infernal, en el eco concomitante, que economiza el habla a quien su mal espanta.

—Se asemeja más a un establo, a una puta cochiguera.

—Deberías decirme que te arrepientes de haberme traído al mundo.

—¿Por qué? Ni siquiera me arrepiento de mis errores. Además, con probabilidad matemática, no serás más que otra metáfora más de las más muchas que despliego en esta vida de más. Solo una metáfora, algo que procede de más allá del «afuera». Como la intención. Como el Sentido.

—No me gusta comparar, cualquier otro hubiera sido mejor padre que tú, hasta el mismísimo Lucifer.

—No olvides que mío es el reino, el poder y la gloria, por siempre jamás.

—Si fueras el Padre, lo que no concurre en este caso.

—Debéis santificar mi nombre.

—Si fueras padre nuestro y contuvieses en tus manos los cielos.

—Solo así os llegará mi reino y no apareceréis como gilipollas ante los demás.

—Pero no se hará tu voluntad ni aquí ni allá ni acullá.  
—Entonces os privaré del pan vuestro de cada día, sin dudar.  
—¿Os detenéis, por Dios, en vuestra esgrima dialéctica?  
—Ni nuestras deudas condones, solo debes permitirnos errar por el mundo como productos de tu insensatez.  
—*Da mihi animas, caetera tolle.*  
—Perdón, perdón, perdín, perlán, cataplín, cataplán. Menos latinajos.  
—Como así vosotros jamás perdonaréis a nadie, claro.  
—Que nadie te escuche.  
—Que nadie perdone a nadie y que Dios no nos perdone ni que el padre instituya su arma, en su fuero interno, para su mayor gloria. Que todo sea silencio, *deo optimo maximo.*  
—Que todos nos escuchen....  
—Discreción y cariño, hijo, discreción y cariño.  
—No seremos nadie, no seré nada al mundo, no querré que nadie recuerde mi nombre.  
—Dime, a quién quieres más, ¿a tu madre, siempre inmiscuyéndose, aún muerta, o a mí?  
—No quiero ser nadie, solo quiero ser el perchero que pasa desapercibido y no tener que salvarte a ti de ti, ni de ninguno de tus enemigos, amén.  
—Y ¿para qué vivimos?  
—Recuerda papá, es el fin del mundo, el fin del mundo. ¡Al fin! Para eso vivimos, para el fin, como cada viernes.  
Próxima estación: Istmofilia.

Nadie me escucha en los callejones lluviosos. Ni Dios ni los demonios que conmigo conviven se contuvieron al desfilarse a paso de pez. Ninguno de ellos me escuchó con sus oídos de coral. De la profundidad de la tierra que me cubrió, me exhumé, de forma instantánea. Ebrio hisurto, caballo borracho. No devengo caballo en mi recuerdo, de las cosas ocurridas (¿las ejecuto al pensarlas o suceden por azar?, maldita pregunta que transita por el bazar



de los sueños que nunca se yerguen, pura estupidez: el azar es el pensamiento lógico.) .

—Todo es albariño, cariño. ¡Y muy arbitrario!

Si es posible, solo si es posible, ¡debe serlo!, no consintáis que Claire abandone la casa, que se evada impelida por una seria sarta de imposibles acontecimientos. No condescendáis a que las cosas sucedan como los oráculos pronosticaron en un tiempo inmemorial; ¡evitadlo! Acertad a cerrar la puerta con todos sus cerrojos, antes de que emprenda épica, su éxodo. Echad los cerrojos, por Dios, haced el favor de escucharme, de oírme, de satisfacer mis demandas, no transijáis. ¡No os escabulláis a vuestro destino! O desfigurad el mundo para siempre. Por siempre. ¡Viva la revolución!

—Que no se vuelva loca.

—Si ya lo estamos todos.

—O que muera a las doce en punto.

—Cenicienta *affidavit*.

No me lo recordéis, lo sé. Deambulo ebrio por la vida, no debería. Con la borrachera perpetua de quien derrocha tanto amor como no atesora. Jamás, nunca, permaneceré con los ojos cerrados y una sonrisa de euforia arraigada.

—La figura del padre no debería morir, no, ¿verdad? .

En la oscuridad a nuestro frente, con sus desorbitados ojos amarillos y fúlgidos, montaraz, el lobo acecha. Desgajará nuestra carne con sus crueles y atroces garras. Cómo no, nos despedazará sin piedad. ¡Sin piedad! Un padre próximo conviene en este instante. Un padre que salve. Un Dios padre prestidigitador que extraiga una paloma de su entraña. O un conejo blanco, y sin chistera, con el que engañe al lobo feroz y montuoso.

Nadie abriga, por Dios, ni concluye capaz de concederme esta noche del alma contrahecha, más siniestra. Nada. A nuestro frente, la noche más oscura del alma en un verso reconstruida. ¡Que Claire no huya de esta casa! ¡Papá! ¡Parapapapán! Tantarantán. Por el dios Eros, ¡todos al *carallo*! ¡Papanatas! .

—Billetes, por favor, billetes.

Se lo muestro con detectable encanto, exijo que se aguante con la mano floja, tal y como se sostiene la picha al mear, mientras se soporta, a la vez, la pared. No se debe pensar demasiado en la figura rampante que se compone, un frustrado *manneken pis* con flotador incorporado, al mostrarlo sin delicadeza aprendida.

—¿Quién es Clarie? Dímelo papá. ¡Venga! ¿Quién es Clarie?

—La gitana que a mí me quisiera en una cueva de *Graná*.

—*Dies irae* eeeeeeeeeee.

El mundo gira; ¡ay!, da, ¡ay!, que te da, ¡ay!, tumbos, claro que los da, y los reanuda a dar, imparables, imparables, y proporciona, en todas sus maneras, las manidas, las ficticias, la infinidad de vueltas en un tiovivo de lisérgicos colores, de inmóviles olores, que se asignaron a aquellos haraganes que malgastaron el olfato por siempre jamás, o quizá, nunca lo ostentaran en Nunca Jamás. ¡Cantemos, amemos, como amebas en la barra de un baratillo!

El mundo en repetidas llamaradas presentidas se consume. Hogueras con el resentimiento prendidas nos consumen. El fuego es la esencia de este mundo. Ni la tierra ni el mar, el fuego. Ese fuego que bajo nuestros pasos presurosos no se calma, todo lo incendia con sus repetidas llamaradas. Arden los cuerpos. Estoy que ardo, desde los zapatos de suela de plástico, al corazón de pelo de gato. Haraganes ardientes de los colegios de pago que estafaban a nuestros padres, sin medidas cautelares, invitándoles a las bravas de la barra y con el vinarro más amargo, a firmar avales a quien no lo vale. No nos educaron para vivirlo o entenderlo. Allí donde hay un colegio de pago, hay unos padres chantajeados.

*Incipit traogedia.*

Nunca se interrumpe este nuestro enclenque mundo de ociosos cuerpos sedentarios, nunca nuestro permanecerá, siempre inermes, siempre exánimes, acaparados por la felonía, en rueda y en prensa y con tanta rotunda que nos rinde y nos defeca como desecho.

Con la simplicidad del circo, alternamos las ideas alteradas por cualquier inermes enclenque, que nos acecha en su encuadre. El

beneficio siempre se escatima. Una vez que lo alcanza, todo es alabanza; tras la alabanza, se reemplaza lo conseguido por otro interés putativo, nuevo recambio adecuado, y a girar, a girar, a girar. Sin parar. Sin parar. Tú también has sido permutado, reemplazado. *Panta rei*. Tú nunca serás aquél. Ni lo fuiste.

—Todos penan porque te ríes hasta dar motivo a la risa, que es la pena.

—¿Crees que el mundo es una pena?

—No. El mundo es una mierda.

—Y, ¿por qué no te suicidas, hijo?

El mundo se excita con suplementos, convienen al mundo deficitario que portamos en el bolsillo, depauperada sustancia, se apergamina y demanda una carrera de relevos clandestina que nos vindica a otorgar una respuesta acorde al esfuerzo perpetrado, rápido, rápido, deprisa, deprisa.

Nos precipitamos a adoptar el gran rectifico de conducta devota y equivocarnos y despeñarnos al abismo, santos, santos, seamos santos, santos depravados de tridente y rabo. A rezar, que el abismo *de facto* nos alberga. Tras orar, a cazar. ¡No ames! Sin amar, pelillos a la mar. Ora, ora sobre el césped a la hora en la que el viejo ángel de alas inmensas plegadas y repletas de musgo, levita. Otrora, Dios dirá la mala hora. ¡Qué el viejo ángel se desentienda de sus alas!

Improcedente. Un alma maleada por la hipocresía, moldeada en las porfías, vale en dos: vivo en un dúo, y canto un dueto. Canto la cansina canción que reverbera en el eco, renovada sonata nada novedosa, nos reitera en el suspenso. La trova de los ahogados, en una playa de caracolas y tangos.

Mi mundo es dualéctico. Fulanéctico, y, en todo caso, siempre *ad hoc*.

Un suicidio, esa es la letra escarlata. El suicidio de un viejo homosexual que no reprime a sus instintos y rebusca en las tardes de

arañazos y chillidos en el patio del colegio, la dulzura de los niños, su inocencia confusa. La terapia no avanza. Conoce de sobra que la solución tajante consiste en la castración química. Esa opción ni la valora, redonda de todo punto inaceptable. Su decisión al final, poner un fin final a su mundo vital, como salvación propia. Se ató las manos, los pies: la boca con cinta americana se cubrió: y desde su desesperación como trampolín: al fondo del río de mil remolinos: al lecho de lodo: se arrojó. Aguardó a que el agua penetrase a sus fosas nasales a buen ritmo y atiborrara su esófago, el estómago, los intestinos, los pulmones, hasta que, de exceso de líquido, explotó por dentro. «Maldito, cabrón, no soportaba verse sin picha», sentenció el jefe de la policía municipal, el mismo que años más tarde se enfrentará al juez, afrontará su culpa que rebosa de lo que se supuró de su desliz en un automóvil que no era de su propiedad, de procelosa manera. Se sobrepasó en sus atribuciones, osado, con la santa mujer de un abogado, atribulada de no follar.

Siempre nos juzgan, los que nunca serán juzgados. Todo el mundo nos juzga, hasta los mudos: lo rutinario, lo acostumbrado y familiar, de ello vamos a hablar. Con el lenguaje de signos que no domino y con el que me juzgaron la penúltima vez. Siempre hay que aguardar a la última judicatura judicial, es la tradición, la traición.

—No me creo que se atase él a sí mismo, es imposible.

—Nadie se lo cree, desde luego.

—Nadie.

¡Qué falso que si no juzgas, jamás serás juzgado! Al contrario, sin que de mi boca ninguna palabra reprobatoria o acusatoria surgiera hacia alguno de los que me circundan u osara delatar el nombre del culpable, nadie lo es ni lo aparenta nunca, ni siquiera en vano o en vanidad de vanidades, mi contertulio nombre comparece hasta en los salones de los prostíbulos que de incógnito sobreviven aún desmoronados, qué mal subsisten, mal que mal, en las ciudades donde se ejerce a gala que nunca pasa nada, donde los juicios morales nos aguardan en cada una de sus esquinas, prorrumpen apresurados de las babosas bocas bobaliconas que sa-

ludan salváticas y en vano, desde el vano y en la vena donde germinan, de las lenguas vivíparas que se chivan bífidas, a las que nunca otorgué un beso veraz de perdón repulsivo. Ni de condenación. Abominado alcohol, no concede tregua y constriñe a vomitar tanta hipocresía en los antros de la malvasía agriada.

—¡Condenado! ¡Culpable como el tatarabuelo Abundio!

—No me apetece nada, hijo, salvaros vosotros negándome, renegando de mí.

El mundo gira revolucionario, rían, rían, amparados en sus retorcidos derechos, y nosotros giramos tergiversadores en el movimiento adquirido y todo, todo, todo, en cada giro, gira, de manera narcótica e hipnótica.

No interrumpiremos su oscilación, lo pretendemos, pero rotamos en un mundo de color verde, color secreto de las plantas que flanquean nuestro canino camino. Lo canalizan hacia el mar y se convierte en la dirección única de la una y única dirección, ¿la única? La única. Unigénita y tan señorial. En Hispana emotividad, pura farsa en prostíbulos para la represión que nos devasta. *Beati hispani, quibus vivere bibere est.*

Hacia adelante, nada en que reparar atrás; hacia el fin, al fin. Más allá de la habitación del padre, al abismo del fin del mundo, año I. La vista al horizonte que nos presume y desahogarse con que persevere en preservarnos. ¿No es cierto? Falso, marca la casilla de llegada y a otro poeta con ese osco hueco trófico, orífico hueso nunca mal sorbido. ¡A por los ritos Órficos! Oro y esclavos, los dientes rotos.

Hasta el fin del mundo, papá. Sin más aditamentos. Sin más vestimentas. Ocupemos la rampa de lanzamiento, analicemos pretextos ya besuqueados o saldemos venganzas que resucitan imperiosas a cada paso de preso sin prisa ni prosa. Toda la historia que nos relataron emergió de una puta guerra civil. *Abyssus abyssum invocat.* Sin poderlo evitar ni poderla evitar, así que pasen dos veces cuarenta años, aunque nos convirtiéramos en caballeros sin espada, en reyes del mambo, en estatuas de sal, aunque le ofreciéramos a Dios el envés. Y a la mujer de Lot, loto en flor,

la golpeásemos con mil martillos neumáticos para revertir la sal a su espléndida belleza fulgurante al pasear, y yacer con ella sin más condimentos.

—Pero no nos ofrecerás, como Lot a sus hijas, ¿no será así, papá? Quedarnos en estatuas de sal por mirar hacia atrás.

Bajo las mantas, oculto avestruz, me amparo, como un bebé al útero materno, protegido y aliviado del terror.

—¿Quieres que te la chupe, amor?

(Querida psicoanalista: la manera correcta de comerse un yogur de chocolate (¿qué engendro es tal cosa?) se inicia cuando se retira la tapa y de inmediato, con precisión evaluativa en rémora, con la pausa de la demora minuciosa en rómulo, se introduce la lengua al borde más cercano a la boca y con la punta, solo con su puntita, se absorbe esos pequeños Montecitos de chocolate que se han acumulado en la tapa recién extraída, en su estancia frigorífica. Esa misma lengua que se desplegará extendida y prolongada para atraer a su lugar el chocolate más cercano, se aspira a la garganta, y, cuando lo logro, me relamo circundando los labios, humedeciéndolos con mi lengua diabólica. Mi lascivia se deleita con la lengua puesta. Una lengua que sin descanso en su labor persiste acelerada, con atrevimiento, suelta, y, así, atrae con su humedad al chocolate que se derrite en la misma. Me pervierte el líquido tan dulce y sabroso. Como si lo mamara. Lo mamo, lo mamo, MaosingGong.

Cuando la lengua incapaz de atraparlo, incapaz de acrecentarse más allá de sí misma, nos procuramos cuchara y con ella en la mano, la introducimos con demora y deleite en el vaso del regocijo, y extraemos en la punta de la misma, una pequeña, diminuta, ínfima, cantidad de chocolate. Se roza, se lame y relame, poco a poco. No lo tragues ni lo sorbas, lengüetéalo. A lamer, a lamer, hasta verlo desaparecer. Sin tragar. Ni se te ocurra, por mor de una apresurada premura infantil tan inútil, finalizar las actividades de

relamo, aspiro y mastico, raudo, de súbito en sumiso promíscuo. La calma es lo más preciso en esta acción inclusiva, pachorra de inmovilidad, sosiego de yoga, quietud meditativa.

Cucharada a cucharada vamos extrayendo el contenido hasta que solo queden esos restos imposibles de recoger en su concavidad. Esos restos que merecen nuestro dedo corazón. Lo entrometemos hasta lo más profundo en el pequeño bote de yogur, en su agujero dilatado y a limpiar sus paredes bien rapiñadas. Una vez recogida la cantidad que restaba, se acerca a la boca en la piel del dedo, y este se introduce en la misma para ser aspirado y enflaquecido de sorbido y absorbido. Hasta el dedo se traga en estos menesteres. El dedo hasta la epiglotis, disfrutando del sabor a chocolate. Y del dedo. «Te lo sorbo, amor, apasionado».

El dedo en la epiglotis, extrayendo la musicalidad escondida en esa campanilla carnosa.

Un dedo en la epiglotis para cobrarse el placer mundano, lo que se le negó en todo tiempo tanto y en cada lugar siempre.

Coma en esta cochiguera conmigo, mi querida psicoanalista, así como no lo establecen los protocolos de la elevada extracción social, sino encomendándonos al dios del placer insólito y enigmático. ¿Insólito? Cuando se come un yogur con testigos, el enigma está asegurado, no pene, que el pene aguarda por vos) .

El miedo: la razón para que se enmante y resguarde su integridad a salvo: se asemeja a un bebé a la búsqueda de protección: calor de útero, calor de madre: color de mojigato en su piel pelada, sin apercibirse de nada de lo que ocurre en la habitación manida: con los ojos cerrados. Corazón que no siente, avestruz oculto. Enterrado y sin linterna con la que vencer la fobia a la oscuridad maldita. *Neuengamme*.

—Tengo miedo de tu miedo, papá.

El miedo se instituyó como su peor consejero, el único del que ha recibido las últimas palabras en toda ocasión, y le presagió lo mismo a toda hora, «llegarás a viejo en un instante y no serás nada en la vida».

Si no mueres a los veintisiete años, debes vivir, ya no perteneces a la tribu de los genios. Tranquilidad, nada serás, nada, serás nada, seas nada. Nada.

—Albañil será, como su padre será. Así se lo esputó la pobre persona nada ecléctica que precisaba asemejarse a un profesor medianía de lengua y literatura, cruzada su piel por una marca sediciosa de navajas albaceteñas en su labio superior. La marca vil al más servil.

—Como en el día del fin del mundo, ante el alba añil.

Un tipo sin identidad, sí, claro, como todos aquellos delineados con simplicidad, los *simplicissimus*, enredados en aventuras que siempre duran treinta años. Este mundo tan hueco en sí, se empaapa y se colma de tipos sin identidad que los implique en la manada, llanos lo son, ya nos no lo son, nunca nuestros. «Nuestro es una palabra revocada». La vida, sin duda, en un birlé, birla, birloque con estoque, nos la roba, la loba. Burla que te burla el burlador, al burladero. Y no olvides darte la puntilla, puntillero puntillista. Puntualicemos, español de arrabal.

—«Sin comparar lo incomparable, amo a mi padre».

El miedo a la ausencia de identidad, un enjambre de avispas que arremeten sin piedad en cada equina desconchada de tu imperfecta morada, a traición. Tras sitiar tu alma, a tu intimidad asaltan, y sufres, agresión tras agresión, posesión. ¡Y no hay después! .

Soy lo peor, lo más malo, lo protervo, lo infernal y muy maléfico (oh, amor, como un hermano mala sombra, obedezco).

—Después de lo infernal, lo maléfico no sobraba.

¿Lo digo más alto? No hay nadie en el mundo, no hay nadie ahí fuera que escuche, ni Jesús en su desierto ni Lucifer en su convento, ni aquel otro que se confie provisto de la maldad insuflada desde el aliento del auténtico Lucifer protervo, al que no alcanzaréis calificar de infame persona, que quien esta línea suscribe. Así, a secas. Diabólico a sacas llenas. A secas llenas. Con sacas severas. A seca anima desalmada.